



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



XXX Domingo durante el año

24- X- 2010

Textos:

Ecle.: 35, 12-14. 16-18.

I Tim.: 4, 6-8. 16-18.

Lc.: 18, 9-14.

“La súplica del humilde atraviesa las nubes”

Jesús maestro enseña a los judíos, “que se tenían por justos y despreciaban a los demás”, y quizás se habían olvidado de las enseñanzas del libro del Eclesiástico que pondera la virtud de la humildad y la coloca como condición para que Dios escuche nuestra oración, ya que “solo la súplica del humilde atraviesa las nubes”; les enseña lo importante de luchar contra el orgullo y la soberbia que cierran el corazón a la gracia y la inteligencia a la verdad.

El Señor nos enseña con la parábola del fariseo y el publicano, que guarda una relación evidente con la parábola, que hemos leído el domingo pasado, pues presenta en el publicano el retrato de un hombre cuya oración manifiesta la fe que Cristo espera encontrar cuando vuelva para juzgarnos. En la persona del fariseo, nos da el Señor un ejemplo del peligro que entraña el orgullo para todos aquellos que sirven a Dios con vanidad. El fariseo “en lugar de confesar su enfermedad a través de la saludable medicina del arrepentimiento, alardea de su salud comparándola con las dolencias de los demás” (San Agustín): “Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros; ni tampoco como ese publicano”.

Recordemos, para comprender el efecto que pudo causar la parábola en los oyentes de Jesús, que los judíos veían en el fariseo un modelo de devoción y en el publicano de maldad.

Una vez más la paradoja del evangelio muestra que: “el fariseo vanidoso, movido por su orgullo y su arrogancia, acusa a los demás de aquello en lo que él es más culpable. Mientras que el publicano ni siquiera levanta sus ojos al cielo (actitud característica de los judíos en la oración), y golpea su pecho porque se siente indigno. La postura que adopta para orar denota humildad” (Cirilo de Alejandría).

Jesús pone blanco sobre negro, diciéndonos que mientras el fariseo subió a orar, pero no quiso rogar a Dios, sino alabarse a sí mismo e insultar al publicano; este “se mantenía a distancia” y sin embargo Dios se acercaba a él que “ni siquiera alzaba sus ojos al cielo”. “Para ser mirado, él no miraba” (San Agustín, Serm. 115, 1-2).

El Señor desea, por la parábola, enseñarnos cual es la oración que realmente llega a Dios y lo hace describiendo los detalles de la actitud externa e interna de los dos personajes: uno se pone “erguido” en la parte delantera, como si el templo le perteneciera, el otro en cambio se queda “atrás” sin atreverse siquiera a levantar la

mirada, como si hubiese traspasado el umbral de una casa que nos es la suya. El primero “oraba en su corazón”, pero en el fondo no rezaba a Dios, sino que se hace a sí mismo una enumeración de sus muchas “virtudes”. De esta manera el fariseo transita por un camino que conduce directamente al encuentro de sí mismo y no con Dios; es el camino que lleva a la pérdida de Dios. El publicano, por el contrario, no encuentra en sí más que pecado, un vacío de Dios que en su humilde oración de súplica – “¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador!” – se convierte en un vacío para Dios. (Cfr. Von Balthasar).

Hermanos, lo grave del fariseo es que no pone su confianza en Dios sino que confía en su pretendida justicia y desprecia a los demás; él está cautivo de su autosuficiencia olvidando que es criatura y pecador.

Nosotros, que queremos seguir e imitar a Jesús, debemos recordar que en nuestra debilidad fructifica la gracia: “Te basta mi gracia porque mi poder triunfa en la debilidad” (II Cor. 12, 9), le dijo Jesús a san Pablo. Lo que el Señor quiere enseñarnos con la figura del publicano es que la perfección, surge de la debilidad, y la gracia del perdón se derrama solo en un corazón humilde; así, el publicano, volvió a su casa justificado; mientras que el fariseo “por su gran soberbia – dice Basilio de Cesarea – lesionó la justicia, perdió la recompensa por su vanagloria; fue considerado menor que el humilde y pecador por haberse engrandecido comparándose con el otro, sin esperar el juicio de Dios, sino emitiendo el suyo propio; - y nos exhorta el Santo – por tu parte, tú no te exaltes nunca sobre nadie, aunque sea el mayor de los pecadores. Muchas veces la humildad salva al que cometió muchos y grandes pecados” (“Sobre la humildad”).

Hermanos, no debemos cansarnos de luchar contra el demonio del orgullo, representado en la persona del fariseo, porque “El demonio del orgullo conduce al hombre a la caída más grave. Convince al alma de que no crea que Dios es el que ayuda sino que le impulsa a creer que es ella la causa de sus buenas acciones y le hace considerar a los hermanos desde un plano superior teniéndolos por irreflexivos e ignorantes. Al orgullo le sigue la ira y la tristeza” (Evagrio Póntico, monje del S. IV).

Trabajemos por crecer en la virtud de la humildad, solo por ella seremos escuchados por Dios y avanzaremos en nuestro camino de salvación. San Juan Crisóstomo nos ha dejado un texto muy didáctico sobre la humildad: “Dame dos carros; uno tirado por la justicia y la soberbia, otro por la humildad y el pecado. Verán como el del pecado adelanta al de la justicia, no por sus propias fuerzas, sino por las de la humildad, su compañera; y cómo, en cambio, la otra pareja se quedará atrás, no por fragilidad de la justicia, sino por el peso e hinchazón de la soberbia” (De incompreh. Dei natura hom. 5, 6).

Con san Agustín, pidamos al buen Dios: “Señor, haz que yo pueda conocerme más profundamente, para conocerte más íntimamente”.

Amén

G. in D.

Sofía T. de Santamarina 551 – Monte Grande (B1842HVN) – Buenos Aires – Argentina
TE: 054-011-4290-0527

www.inmaculadamg.parroquia.org – e-mail: mensajes@inmaculadamg.parroquia.org